

Álvaro Fernández Bravo,
Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX,
Sudamericana/Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 1999, 197 páginas

Este libro puede ponerse en vinculación con la traducción al español de *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, de Mary Louise Pratt, por la Universidad Nacional de Quilmes en 1997: como veremos en esta reseña, ambos comparten un estilo no demasiado frecuente en la Argentina de la última década pero que supo abundar en los años de la crítica ideológica.

La tesis central de *Literatura y frontera* consiste en que “el poder político pretendió insertar estos relatos, que llamaremos *literatura de la frontera*, en un plan de apropiación y homogeneización cultural nacionalista. La historia literaria también contribuyó en esta maniobra de territorialización, a través de su búsqueda por construir una doble genealogía que asocia territorio con literatura por un lado y literatura con nacionalidad por el otro” (p. 13). Fernández Bravo organizó su libro en cinco capítulos y un epílogo para presentar en ellos su marco teórico y los textos que leería para probar esta tesis. Así, entre las quince fuentes primarias que constituyen el cuerpo a analizar, se le da mayor peso al *Facundo*, de Sarmiento, a las *Investigaciones filosóficas sobre la influencia social de la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile*, de Lastarria, a la *Crónica de la*

Araucanía, de Lara, y a *La Australia argentina*, de Payró.

El libro es una versión corregida de la tesis doctoral del autor presentada en 1996 en el Departamento de Lengua y Literaturas Romances de la Universidad de Princeton. En el capítulo inicial Fernández Bravo esboza una genealogía que le permite emparentar su estancia en Princeton con los exilios, con *Indios, ejército y frontera*, de David Viñas, y con *Los vengadores de la Patagonia trágica*, de Osvaldo Bayer. Para Fernández B., Princeton resultó también en el descubrimiento del proceso de construcción de las fronteras argentinas y chilenas gracias a las lecturas de Homi Bhabha, de Mary Louise Pratt y de Gilles Deleuze.

El trabajo recurre, asimismo, a parte de la historiografía de la antropología producida en los Estados Unidos de América. Así, surgen los nombres de James Clifford, de Curtis Hinsley y de George Stocking Jr., de los que toma, sobre todo, sus presupuestos más generales. Deja de lado, sin embargo, tanto el marco historiográfico como el trabajo empírico que estos dos últimos vienen realizando desde hace décadas. Álvaro Fernández prefiere adherir a los enfoques de Clifford y de Pratt, que conciben la cultura como texto. En su interpretación, la tarea del investigador consiste en la

lectura de “relatos”, cuya importancia se define canónicamente o *a priori*, para, a través de ella, retrocedir los posibles efectos que éstos pudieron haber tenido. Así, más allá de las pretensiones foucaultianas de Pratt y de su escuela, la historia aparece como la fuente más clara a la que se puede recurrir para ratificar lo conocido y lo dado. Fernández Bravo confirma su participación en esta concepción no genealógica de la historia al considerar las crónicas de los conquistadores y de los misioneros como “prehistoria de la antropología” (p. 24) y al afirmar –aunque quizás sólo se trate de un error de redacción– que San Agustín era “un temprano teórico del imperialismo” (p. 92).

Como la obra de Pratt, *Literatura y frontera* es un libro lleno de sugerencias y de consecuencias que no se comprueban. Los textos aparecen como antecedentes de fenómenos, y lo probable y lo posible son presentados como hechos, sólo por haber sido concebidos en este marco de interpretación. Como si el mundo desapareciera más allá de esta unidad que se crea entre el cuerpo de los libros elegidos y el ojo lector, parecería que ninguna de las hipótesis es contrastable. Así, Fernández Bravo argumenta apelando a la transformación de sus hipótesis en enfáticas afirmaciones, enunciando asociaciones y

sugerencias provocativas y enjuiciadoras o incurriendo en un juego de palabras carente de una verdadera preocupación filológica. Con esto último me refiero al abuso por querer encontrar “la Nación” dentro de palabras tales como “combinación” e “imaginación” (transformadas en “combiNación” –p. 53– e “imagiNación” –p. 103–) y que el uso de un buen diccionario, o sospechas mínimas de latín, hubieran conjurado.

En esta reseña me interesa analizar estos aspectos tal como aparecen en el capítulo 5, “Desplazamientos finiseculares”, en el que frecuentemente se menciona la relación entre la literatura, la ciencia y el Estado nacional. En este capítulo, Fernández Bravo vuelve a insistir en el tópico de la alianza entre ciencia y ejército como brazos del Estado (pp. 162-163). Sin discutir la validez general de esta afirmación, en la Argentina, por lo menos, parece basarse en la aceptación de la gloria de Julio A. Roca retratado por Juan Manuel Blanes junto a los científicos alemanes que tomaron parte en su campaña al Río Negro. Pero, subrayemos, no existe todavía un estudio pormenorizado acerca de las relaciones entre las instituciones científicas, los científicos, los políticos y “el ejército” en los distintos momentos de la historia argentina. El lugar ya común de que “saber y poder convergen una vez más y exhiben una complicidad de la que la crónica también forma parte” (p. 163) perturba incluso su lectura de la cita que extrae de Payró, en la que queda claro que el coronel Rosario Suárez

acompañaba a Francisco Moreno como “agregado voluntario” y no como miembro del ejército. Este tipo de reducciones (Moreno como equivalente de “la ciencia”, el coronel Suárez como representante “del ejército” o la *Revue de Deux Mondes* –p. 89– como sinónimo de Francia) crean varios problemas: primero, oscurecen los procesos particulares y las articulaciones reales que muestran una ciencia mucho más endeble y mucho menos orgánica de lo que las lecturas tanto hagiográficas como de crítica ideológica poscolonial pretenden hacer creer. La “formación del archivo” no contaba con “el apoyo de la maquinaria militar del Estado” (p. 162): como puede comprobarse en la historia de las exploraciones emprendidas desde el Museo provincial de La Plata, el Museo Nacional de Buenos Aires, la Academia de Ciencias de Córdoba o, privadamente, por los hermanos Ameghino, la logística de los viajes era objeto de negociación permanente y de apoyos obtenidos merced a alianzas, tan esporádicas como los vaivenes de la política argentina. En este aspecto particular, la bibliografía de Fernández Bravo es particularmente escasa y comprende el libro de Bertomeu (1949) y el estudio preliminar al *Viaje a la Patagonia Austral*, de Rey Balmaceda (1969). Basarse en las hagiografías como fuente secundaria puede resultar en la réplica de una apoteosis, con signo negativo, que conserva intacta la estructura de la biografía consagrada. Pero, aun

cuando solamente se trate de señalar y reforzar las imágenes urdidas por Payró, tampoco parece prudente asumir que las mismas hayan sido compartidas o que tuvieran alguna eficacia. De esta manera, Fernández Bravo, fijándose en el cuestionamiento del acto apotéutico, lo vuelve a consagrar.

En el capítulo 5, al igual que en el resto del libro, se echa de menos algún gesto que sugiera la intención de contrastar los “parece”, los “acaso” y los “quizás” con los hechos y los datos que hubiesen surgido, por ejemplo, de la simple revisión de los índices de las revistas científicas. Así, abundan los párrafos como el siguiente: “A fin de siglo, sin embargo, la contratación de ‘sabios extranjeros’ parece disminuir (acaso debido a la creciente xenofobia y a la mayor disponibilidad de ‘científicos nacionales’) y los escritos de los naturalistas británicos en particular son sometidos a una severa revisión” (p. 152). Lo mismo ocurre unos párrafos más abajo al referirse a las críticas al *Diario del viaje en el Beagle*, de Charles Darwin: “Pero cabe preguntarse, ¿por qué asignar tanta importancia al libro de Darwin, cuando difícilmente podría haber tenido una difusión masiva entre los lectores sudamericanos y –menos aún– incidencia concreta en los problemas limítrofes entre los dos países?” (p. 152). A mi entender, el presupuesto de una falta de “difusión masiva” del libro de Darwin incurre en varios errores historiográficos no poco importantes en el marco de la tesis de Fernández Bravo. Primero, el uso del calificativo

“masivo”, demasiado sospechoso de contemporaneidad. Al mismo tiempo, hubiese sido interesante que Fernández Bravo desarrollara esta conexión entre la difusión “masiva” de Darwin y el peso que, según este nexa, podría haber tenido la opinión de las masas en la resolución de los problemas de límites. Por otro lado, aunque el autor no desconoce –e incluso cita– *El*

discurso criollista, de Adolfo Prieto, el libro elude cualquier intento de definir al público lector de las obras que analiza. Sin embargo, Fernández Bravo tiene razón: no es vano preguntarse quién era el lector y cómo eran leídos estos textos, ya fueran los de Darwin o los de los argentinos y chilenos. Pero para responder esto hubiera hecho falta salir del texto y dejar de creer –como

Pratt– que podemos hacer pasar nuestros ojos por los de los lectores de entonces: recordemos que, si se intenta conjurar la sombra del alma y la quimera del origen, la necesidad de la historia no puede evitarse.

Irina Podgorny
UNLP / CONICET